

Desde el tiempo presente

Hoy es siempre todavía

ALEJANDRO GAVIRIA

Ariel, Bogotá, 2018, 206 pp., il.

EL ACTUAL rector de la prestigiosa Universidad de los Andes podría no estar sentado hoy en esa silla. A finales del año 2017, cuando paradójicamente era ministro de Salud, fue diagnosticado con un cáncer agresivo que lo habría podido dejar tendido en el campo de batalla. Sobrevivió. Alejandro Gaviria utilizó la enfermedad para estimular sus reflexiones de economista, de salubrista ad hoc, de académico y pensador enfocado en la desigualdad y la violencia, y también sus intereses como ser humano racional, emotivo y ateo practicante. El resultado de su experiencia al borde de la muerte quedó plasmado en el libro que tituló —parafraseando uno de los *Proverbios y cantares* de Machado— *Hoy es siempre todavía*. El subtítulo resume el contenido: “La historia de cómo descubrir que el cáncer es como la vida”.

Además de lo que nos adelanta la contracarátula que reza: “Este libro es un testimonio del amor, la gratitud y el asombro de estar vivo”, en el texto el lector hallará, en un orden subjetivo y coherente, algunos “apuntes” inteligentes y sinceros sobre los temas bien rumiados que le interesan al autor. Gaviria destila lo que la enfermedad le va enseñando y nos embarca en su viaje interior, con la ansiedad de contar la historia a tiempo pues nunca se sabe en dónde y cuándo termina la aventura. Ante los ojos del lector desfilan temas tan distintos como el aprendizaje de recuperar la salvadora capacidad de asombro, la lucha contra las bebidas azucaradas, el detrás de bambalinas de un ministro de Salud enfrentado a los tiburones hambrientos de las farmacéuticas, el respeto a la ciencia, el amor a su familia y a los libros, disquisiciones sobre el ateísmo darwinista, comentarios sobre la obra de Fernando Vallejo, las conexiones invisibles, la violencia y la desigualdad, la odiosa medicalización de la muerte y su “encarnizamiento terapéutico”, etc... y, como corolario, las condiciones de la buena muerte.

Estos dos últimos tópicos son una parte importante de la historia ideológica del Gaviria militante. Su defensa en alta voz de la eutanasia, un tema controversial en nuestra sociedad, se dio en los tres niveles que el mismo autor explica: como ciudadano, como ministro de Salud y como paciente de cáncer. El pequeño acápite al final del libro resume a cabalidad el tema, en el que no caben anécdotas graciosas sino la seria discusión sobre el final inevitable. El tópico de medicalizar la vida y la muerte está ligado al anterior, pero abre camino para seguir pensando en este fenómeno global de medicalizar lo que antes la especie consideraba natural —porque lo es—, al extremo de “expropiar hasta el último suspiro”, en palabras de Alejandro Jadad, amigo de Gaviria y médico defensor de las causas del “buen final”. Queda abierta la discusión porque está planteada en términos prácticos, tolerante con los pensamientos diferentes, y en ello el texto aporta e ilumina.

Como Alejandro Gaviria es, además, un profesor, se encarga en el preámbulo de resumirnos la tarea que nos presenta:

Este libro es varias cosas a la vez. Primero [...] una coincidencia irónica: mi doble condición como ministro de Salud y paciente de cáncer [...]. Este libro es también una colección personal, una antología de lecturas, libros leídos y releídos [...]. En tercer lugar, este libro es un testimonio de amor y gratitud [...]. Finalmente, este libro pretende ser una guía modesta, pero sincera, para los enfermos de cáncer. (pp. 14-15)

Desde luego, en los ocho heterogéneos capítulos Alejandro Gaviria —que en sus propias palabras se define como un existencialista resignado, un liberal trágico y un optimista ante los retos— nos conduce por sus querencias intelectuales y emotivas como de la mano de un cicerone a la vez desenfadado y respetuoso.

El libro es también una antología personal de los escritores, pensadores, filósofos, economistas, ensayistas y poetas favoritos de Alejandro Gaviria en su momento más duro del proceso. Su prurito pedagógico no resiste la tentación de regalarnos la bibliografía y el comentario sobre lo

que le aportan sus textos predilectos. Las pinceladas de poesía están a cargo de José Ángel Valente, Antonio Machado, Eliseo Diego, Wislawa Szymborska, Nelson Simón, Clive James, Eugenio Montejo, José Emilio Pacheco y Jorge Luis Borges, entre otros, un dechado exquisito y contemporáneo de sabiduría lírica. Los poemas escogidos son a la vez una confesión de las proclividades existencialistas y un bálsamo estético en la sordidez de los consultorios y quirófanos. Las filosofías que le ayudan a despejar el intelecto ante el bravo deterioro de su cuerpo, ante el dolor o la tendencia natural a la desesperanza y el miedo son de una utilidad práctica invaluable. Los guías en la ordalía son, entre muchos: Truman Capote, Carl Sagan, Stephen Jay Gould, Antonio Tabucchi, Jesús Silva-Herzog Márquez, Christopher Hitchens, Martin Luther King, Thomas Piketty, Katy Butler... y seguramente una constelación no mencionada de centenares de autores leídos por el voraz lector. También hay estimulantes bibliografías, médica, científica y sociológica, que nos despiertan el interés por temas más bien áridos, pero que una vez encarnados y pasados por el tamiz de una historia de vida concreta y entusiasta iluminan áreas de la realidad usualmente sombrías.

Convertir lo sombrío, escueto y sórdido en un material para la vida es una alquimia que se le da bien al mismo autor de *Alguien tiene que llevar la contraria*. Entre las anécdotas que salpican el libro de *Hoy es siempre todavía*, está la de su primer tatuaje, un pacto irreversible con su hija un año antes del diagnóstico de cáncer; una premonición no registrada como tal en el momento. El tatuaje es la frase de un poeta caribeño, Derek Walcott, con este buen consejo: “Feast your life”, que —en una traducción al español hecha, sin que Gaviria lo supiera, por dos de sus amigos— significa: “Haz con tu vida un festín”. Es decir que el pacto se trataba de beberse la vida con fruición y gozo, aun en los momentos más difíciles que habrían de llegar tiempo después.

Cada uno de los temas de los que se nutre el “testimonio” tiene, decíamos, un apoyo bibliográfico, como es hábito en un académico ilustrado; sin

embargo, y quizás aquí radica la estética del texto, hay un equilibrio entre los rigores del pedagogo y los insumos de la pasión que le producen al autor estos temas misceláneos, cuyo hilo conductor son las respuestas personales de una vida humana enfrentada al cáncer. Hay una medida de justo punto medio, una elegancia que huye del escándalo, la autocompasión o la pedantería, lo que se traduce en una prosa sobria, depurada, de lectura agradable, edificante y conmovedora sin sentimentalismos. El escritor, el hombre —y su prosa, en consecuencia—, son un ejemplo de cómo cristalizan la educación y la cultura universal en un sustrato colombiano. Si bien el libro es una lección de *carpe diem* y una visión de cómo un alma criolla culta asimila el mundo y lidia con su propia existencia, la preocupación paralela de Gaviria se resume en la frase de Martin Luther King que encabeza el capítulo del libro escuetamente titulado, y en mayúsculas, DESIGUALDAD: “Of all the forms of inequality, injustice in health care is the most shocking and inhumane” (p. 139). Me tomo la libertad de traducir la sentencia al castellano: “De todas las formas de desigualdad, la injusticia en el sistema de salud es la más atroz e inhumana”. Hablan así pues el hombre y el ministro.

Ignacio Zuleta Lleras